

George Steiner: diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*

*José Antonio Maya González***

En el prólogo al libro *Saturno y la melancolía* (1989), Raymond Klibansky aseguraba que más allá del valor histórico que ha suscitado el tema de la melancolía para la filosofía y las artes, muy probablemente esboza problemas a los que el hombre moderno es particularmente sensible. El ascenso de la modernidad, percibida como puntos de separación entre las experiencias y emociones escindidas, y los modos en que las utopías van arrastrando promesas incumplidas en la vida colectiva, ha dejado huellas que atestiguan procesos de separación y duelo que caracterizan a las sociedades depresivas.¹ En este sentido, el estudio de la melancolía no se ciñe a la historia del arte, a las relaciones entre genialidad y la locura, o a las representaciones del mundo del artista y el proceso creativo, sino que surge como una preocupación cada vez más visible en el terreno de las ciencias sociales.

Desde que Aristóteles, en el problema XXX, 1 se preguntaba por qué razón todos aquellos hombres de excepción, bien en lo que respecta a la filosofía, o bien a la ciencia del Estado, la poesía o las artes, resultan ser claramente melancólicos, no han dejado de subrayarse las relaciones subyacentes entre el pensamiento y la melancolía, la llamada enfermedad de la bilis negra. No deja de ser seductor pensar que la literatura del barroco haya asociado el pensar y el penar en alguno de sus personajes más representativos.

* George Steiner, *Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento*, FCE, Centzontle, Ediciones Siruela, México, 2007.

** Egresado de la licenciatura en Psicología de la UAM-Xochimilco.

¹ Adolfo Vásques Rocca, "Peter Sloterdijk: espacio tanatológico, duelo esférico y disposición melancólica", revista *Nomadas. Revista de Ciencias Sociales y Jurídicas*, núm. 17, Universidad Complutense, España, 2008.

Diez (posibles) razones para la tristeza del pensamiento de George Steiner, es de alguna manera continuación de ese largo sendero abocado en elucidar “las razones de la tristeza” del pensamiento humano, no como una característica endeble del quehacer humano, sino como un estado de cruce entre multiplicidades. El libro de Steiner bien podría considerarse como un “disparo a lo abierto” –tal y como Peter Sloterdijk describe la relación de la palabra con la vida humana–, al buscar desempolvar las entrañas que se dibujan en el subsuelo cerebral.

En el libro de Steiner, la arquitectura del pensamiento es percibido por múltiples mosaicos, de gradaciones diversas y tonalidades variables. La unión del pensamiento con el sujeto no sólo se ve atravesada o mediada por el lenguaje tal y como lo han trabajado en la lingüística y el psicoanálisis, sino que el autor aventura la hipótesis de que el pensamiento puede ser un fenómeno pre-lingüístico enlazado a los enclaves neuronales de la geofísica del habla humana, así como con las coordenadas espacio-temporales que atribuyen sentido y significación al acto de pensar.

Por un lado, el libro ofrece un agudo arraigo a la tradición filosófica, al intentar comprender, en diez proposiciones (no necesariamente lógicas para el lector) las implicaciones que el lenguaje, el pensamiento y la melancolía guardan con la vida humana, atribuyéndoles una “tristeza fundamental” a la experiencia de estar en el mundo a partir del pensamiento. Bajo la lupa que han impreso los sistemas de pensamiento, el discurso cartesiano se abre a caminos novedosos. ¿Hasta dónde puede ser pensado el pensamiento humano?, ¿cómo se articula el pensamiento, esa región de interioridades, con el mundo?, ¿qué relaciones guarda todo acto de pensamiento con la vida, la imaginación, el tiempo, la muerte, la creación?, ¿por qué ese velo de tristeza emerge en los procesos inteligibles? Estas son algunas de las preguntas que el autor intenta abordar, alertando al lector que se interese en *saber sobre el pensamiento*, –enunciado poco elegante tal y como lo describe el autor– que toda tentativa de “pensar en el pensamiento” se encuentra arraigado en el pensamiento mismo, en su “autorreferencia”. Pensar el pensamiento es una tautología.

Para el autor, la tristeza es la base sobre la cual se forjan los pensamientos del hombre, y es desde ese lugar –*de melancolía*– donde se

apoyan la conciencia y el conocimiento, es decir, toda percepción y proceso mental. La capacidad intelectual es, en este sentido, una experiencia de esa melancolía, una huella indestructible e irreducible al dolor consciente o inconsciente que tengamos de ella, y sin embargo, es creativa al proporcionar la “capacidad vital” para sobreponerse de ella. De ahí que la fuerza de empuje, la energía que corroe el pensamiento muestre en sus entrañas un “velo de tristeza” pero que al mismo tiempo, intenta sublevarse de esa oscura región de *tristitia*.

En el libro de Steiner, el pensamiento en sí mismo no tiene límites, es decir, más que constituirse en una condición limítrofe con respecto a su propia finitud, el pensamiento como extensión, es *ilimitado*. Sin embargo, cuando el hombre intenta pensar en el pensamiento, surge una interrogante que se disemina en la aproximación; pensar el pensamiento es hacer que el objeto se fragmente en el proceso. Las ciencias modernas serían testigos mudos de esa fragmentación. Por ello, Steiner asegura que todo acto pensamiento es despilfarrador, es un gasto de energía desbordada; en el sueño e incluso en la creación, no estamos concentrados en el pensamiento que vamos pensando. Es algo que permanentemente se escurre entre palabras.

Nadie puede quedarse, de manera estricta, *fuera del pensamiento*, por lo que nadie escapa a la tristeza que es su fundamento. Tal fundamento se apoya en el duelo que subyace en todo acto de pensar; pensar sería algo así como intentar restituir lo perdido. La pérdida es la condición para que el pensamiento emerja de su oscura habitación. Steiner imagina que todo proceso de pensamiento es como una gran casa-prisión de la cual es *impensable* poder salir, incluso en la locura, dado que la referencia está incluida en el pensamiento, en el lenguaje y el habla. Por otro lado, es *ilimitado* porque el autor considera que puede llegar a imaginarse todo aquello que está fuera del alcance de los hombres, y sin embargo, lo que está *afuera* o más allá del pensamiento es, estrictamente, *impensable*. Pensar es un juego sutil entre los límites de lo posible y lo ilimitado que puede producir lo impensable. Tal contradicción es una razón para la tristeza: el pensamiento al ser infinito es al mismo tiempo incompleto. Esa “infinitud incompleta” como la llama Steiner, sugiere que el pensamiento llega a extensiones inimaginables pero finalmente inabarcables.

El libro también sugiere que el pensamiento no es algo que se tenga “bajo control”, incluso en los estados más profundos del alma humana, en lo inconsciente o en el sueño, los actos de pensamiento fluyen cual “corriente enturbiada, represada y desviada”. El músico al interpretar una pieza, el pintor al plasmar un sombreado o el circense al realizar acrobacias, responden, más que a un dominio de la acción sobre el pensamiento, a un “fluir involuntario y polimorfo” del pensar en el acto, de ahí que la concentración “absoluta” requerida para ejecutar determinada acción derive, en algunas ocasiones, en riesgos cerebrales y mentales. Una causa más para la “melancolía indestructible”.

Pensar es un acto de presentificación, al hacernos presentes, nos arroja a una soledad ineludible, una experiencia “única” porque nada ni nadie puede “penetrar en mis pensamientos” de la misma forma que nadie puede vivir la vida del *otro*, es, por decirlo así, un encierro inherente, ya que otorga formas de identidad singulares y plurales; pero insalvable ya que al mismo tiempo establece una distancia con el otro. Aunque el pensamiento se constituya como la aparente distancia que se crea con el otro, es nuestra única “posesión segura”. Por lo tanto, acercarse a los pensamientos del otro sólo llega a ser pensado en términos de proximidad e incertidumbre. El pensamiento es entonces esa región “íntima” que gobierna las singularidades de la vida humana, pero tal singularidad es al mismo tiempo un “espacio común” al ser pensados (o porque serán pensados) por miles de personas en el mundo.

En la era de la información, de la comunicación de masas y de la internet, los “lugares comunes” reproducen formas de pensamiento para todos, clichés sentimentales o lenguajes más o menos homogéneos que hacen, como dice Steiner, “democrática la intimidad”. Pensar es estar en el mundo. La originalidad de nuestros pensamientos puede ser relativa en tanto que responde a una “variante o innovación” en la forma o en la técnica de ejecución, en las formas en que es producida la verdad en los sistemas de pensamiento.

Para el autor, lo que el pensamiento postula como “objetivo” o “subjetivo” es el resultado de un proceso tautológico. La “verdad” en las disciplinas filosóficas, históricas o sociales está sujeta a procesos mixtos y múltiples en relación con los objetos supuestos que pueden o no ser falseados o verificados de acuerdo a los sistemas de pensamiento

que los enuncien. Sin embargo, la búsqueda de la “verdad” de cualquier proceso reflexivo y epistemológico, deja entrever un “bajo continuo de nostalgia” en la medida en que tal idea supone un paraíso inmaculado de certezas perdidas que el hombre desea afanosamente aprehender. Razón para una tristeza más del pensamiento.

El libro de George Steiner es una invitación —al tiempo que una provocación— a reflexionar sobre el pensamiento con una perspectiva clara pero no por ello menos compleja, que enlaza perspectivas de las llamadas ciencias “duras” con modelos teóricos de las investigaciones filosóficas y sociales en los campos del lenguaje, las representaciones e imaginarios. El lector se verá atrapado en esa red rizomática de pensamientos, al tiempo que podrá descubrir(se) el mundo entre sus pliegues.